



D A N U B I O

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Tres son los tiempos de la elegancia española: el de estar a la jineta, el de estar de hinojos y el de decirle a la muerte: «¡Vámonos!» Un héroe en Castilla pasa pronto desde el caballo a la actitud orante. En el ardor con que ha sabido guerrear, amar, fundar y renunciar se le consume prestamente el sueño de la vida. El es así, y para quien se anega en eternidades tanto monta cabalgar como trasvivir echado. Los héroes que han ganado junto al Danubio estatua ecuestre trasfunden su brío al bronce y se niegan a languidecer. Necesitan aún príncipe, dogma o quimera por los que reñir y darse en holocausto. Pero la causa a que sirven más incansablemente es la causa nacional, cuyo sentido se ha trocado. No con todo, porque las fronteras de ayer no sean las de ahora, el ademán de los héroes es anacrónico. El último trueno de las borrascas del romanticismo no ha rodado todavía por el cielo de Europa. ¿Les queda misión entonces a esos capitanes que cabalgan estatuariamente en las urbes del Danubio: Ulm o Ratisbona, Linz o Viena, Presburgo o Budapest, Belgrado o Sidin, Sistova o Routschuck, Ismail o Galatz? La de mostrarse con sus virtudes ya es una; la de retar al tiempo es casi otra.

Interrogamos recientemente en Hungría al Rakoczi, que arenga a los suyos con un «En pie los muertos». «Fuí siempre —nos dijo— un desterrado de mis propios lares. Rehén en Viena, en mi mocedad vine a Hungría como libertador y acepté este noble destino. Cuatro estirpes que palpitan imperiosamente en mí, las de los Rakoczi, los Zrinyi, los Frangepan y los Bathori, decretaban la aventura. Obedecí y lancé mi manifiesto «Recrudescunt Vulnere» para que Hungría reanudase la gran política de los arpadianos y de los Anjou. El idioma,

según Richelieu, es la ciudadela de la intimidad de un pueblo cargado como el nuestro de enigmas. Recluté como pude mis hombres y les fortalecí con arengas en el idioma vernáculo. ¿Fuí, como las Memorias de mi tiempo pretenden, un estratega? Con mi Caballería, la de los Húsares, que era el rayo, y con mis infantes, los «haiducs», gané las escaramuzas y perdí las batallas. La Francia de Luis XIV me ayudó tibiamente, y así y todo tuve a raya a los imperiales durante ocho años. Hubo que ceder y hubo que expatriarse a Francia en busca de asilo. El conde de Wratislaw, delegado de Viena, me había escrito: «Monseñor, no olvidéis esto: Francia es el hospital de los príncipes que por falta de fe se precipitan en la desventura. Vais a aumentar su número y vais a morir allí.» Moré en la casi clausura de Grosbois, y un día el rey de Francia me prohibió respirar en sus dominios. Me acogí a un ofrecimiento del sultán Ahmed II, y donde cerré los ojos fué en Rodosto a orillas del mar Egeo. Antes de expirar medité y escribí aparte de una Ars moriendi, libros en que el rigor jansenista hieló el fuego como los de los solitarios de Port Royal de los Campos. Nuestras acciones nos siguen, y las mías han dejado estela tras de mí. Los míos, los Kurutz, escriben los adioses al libertador y los cantos del Campamento. Yo, en cuanto Rakoczi paso; pero el rakocismo en cuanto nostalgia queda. Los Kurutz son primero letra, pero después encuentran el músico que la hace volar más allá de los montes y de los ríos de la patria. Antes de los Kurutz, los tziganos interpretan aires del país que son doctrina de las que no se refuta. ¿Doctrina? No hay *scherzos* de sonata en el Índice, ni el Santo Oficio ha tostado nunca compositores. En las orquestas de los tziganos, empero, más de un grito de seduc-

